



Irresistible
Saga Indomable 1

3

Kattie Black



IRRESISTIBLE

Saga Indomable I

Kattie Black

IRRESISTIBLE

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

Advertencia de contenido: Esta historia contiene escenas con alto contenido sexual. No apta para menores ni mentes sensibles. No tratéis de reproducir ninguna escena si no es de manera sana, segura y consensuada. Esta historia es ficción, no pretende ser un ejemplo de nada, así que deja volar tu imaginación y tu fantasía sin prejuicios ni tabúes.

Irresistible de Kattie Black está registrada bajo una licencia [Creative Commons](#). No se permite la distribución, comercialización, reproducción ni el uso en obras derivadas sin permiso expreso de la autora o los editores.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO CUATRO

Al día siguiente desperté desorientado, abrazado al cuerpo de Alexandra después de haber dormido a pierna suelta algo más de nueve horas. Que despertase junto a alguien ya era anormal, pero que hubiera dormido tanto del tirón era algo que hacía muchos años que no ocurría y que iba a seguir ocurriendo durante las dos semanas siguientes, para mi sorpresa.

Me sentía pletórico, no me importó que estuviéramos rozando el medio día y haber perdido toda la mañana. Ya tendría tiempo de recuperarla. Cuando Alexandra despertó, yo había sacado su ropa del armario y la había seleccionado. En la cama, junto a ella, había dejado una falda, un corsé, unas medias y la ropa interior que consideraba adecuada. Sus pantalones los escondí. No quiso ponerse la ropa, cuando fue a buscar los pantalones le dije que los había quemado. Le intenté poner lo que había escogido, ella me golpeó y trató de ir a mi habitación a quemar la mía. Acabamos follando en medio del pasillo. Mis pantalones se salvaron porque al final encontró los

suyos en el cuarto de baño.

Durante los días que siguieron, cualquier excusa y lugar nos valía. Acabé haciendo realidad parte de las fantasías que me habían asaltado en la cocina. Lo de comérmela no, claro, porque no estoy tan perturbado. Bueno, no lo hice de manera literal, pero me pasaba al menos tres horas al día con la boca entre sus piernas o sobre sus pechos. Follábamos en todas partes, de cualquier manera. En la cocina, mientras intentaba aderezar el relleno de una empanada de carne. En el estudio, contra la barra de metal. En la alfombra, en las escaleras, en el sofá, en la alacena... Tendría que renovar la vajilla y la cristalería, pero podía permitirme de sobra los destrozos que su presencia estaba causando en mis inmediaciones. Eso sí, era selectiva. Solo rompía cosas caras pero sustituibles, ninguna de las pequeñas piezas de arte que guardaba en casa sufrió el menor daño a su paso. Era un maldito terremoto, un animal salvaje que me encendía con su rebeldía y con la imposibilidad de encajarle las riendas. Así, durante los primeros días exploramos la casi totalidad de la casa, exceptuando mi habitación.

Los chicos siguieron acudiendo puntuales a los ensayos, y muchas veces propicié que el timbre volviera a pillarnos enredados en alguna de nuestras peculiares peleas. Eso hacía que los ensayos fueran más interesantes y dieran mejores frutos. Su presencia me inspiraba. Me ponía cachondo, sí, pero esa excitación era algo más que física. Los demás aceptaron su presencia de manera natural; Alexandra era abierta y agradable y respetaba nuestro trabajo, Demona acabó por convertirse en su aliada y al final incluso preguntaba por ella si no acudía alguna tarde.

Acabé por darme cuenta de que cantaba para ella cuando se sentaba en el sofá a escucharnos. De que mi voz sonaba diferente. Siempre lo he puesto todo en mi trabajo, he currado duro para mejorar y pulir tanto mi voz como las composiciones, nunca me he entregado a la autocomplacencia, pero durante años la impresión de la falta de significado en lo que hacía me estuvo empujando en una persecución obsesiva por algo que fuera *real*. Mi música era cojonuda, estaba triunfando en todo el mundo, movía masas y llegaba a la gente, pero no era capaz de llegar a mí mismo. Siempre había algo que se me escapaba, que no

conseguía arrancarme del fondo del alma. Y allí, sin darme cuenta, sentía fluir todo eso como un torrente, como si ese caos que había llegado a mi vida para zarandearla le diera de pronto una clara definición a lo que hacía. No era capaz de entenderlo ni de analizarlo, y decidí no hacerlo. Me entregué por completo a la inspiración.

Alexandra y yo pasábamos despiertos hasta altas horas de la noche, pero aun así, muchos días me levantaba temprano, presa de una inquietud incontenible, con la cabeza ardiendo de ideas y la energía cosquilleándome en la piel, y tenía que sentarme ante el piano y sacar todo aquello como si fuera una olla a presión a punto de reventar. Fui capaz de terminar temas inconclusos que llevaban jodiéndome la vida desde hacía años... pero lo mejor es que compuse putas joyas en cuestión de días. Las ideas despertaban en mí como fogonazos; a veces me encontraba tocando con el corazón acelerado, cantando como un loco cuando no había nadie escuchando, escribiendo apresurado como si las palabras fueran a escapárseme o las pudiera olvidar.

Los chicos alucinaron cuando comencé a mostrarles nuevos temas. Yo intentaba contener mi euforia, busqué excusas no sé con qué propósito, diciéndoles que llevaba tiempo preparándolas pero no quería que las vieran hasta el final. Estuvimos ensayando los temas nuevos y no necesité tener ante mí a miles de personas vibrando bajo el influjo de mi voz, me bastaba mirar sus ojos mientras cantaba para estar sintiendo en carne propia el significado de lo que estaba haciendo. Me sentía vivo, y era capaz de expresarlo.

Diez días después de su llegada, desperté con ella en mi propia cama.

Ella había dejado su perfume en mis sábanas, su ropa estaba sobre las alfombras, había libros y vinilos en el suelo. Alexandra estaba allí, bajo las mantas, entre mis brazos. Ni siquiera la sentí extraña, como si hubiera invadido mi espacio, que era lo que me había ocurrido las escasísimas veces en que alguien había dormido en mi cama. Apenas podía recordar cómo habíamos acabado ahí. Ella se había empeñado en entrar... o yo la arrastré desde la escalera. No

importaba, me di cuenta de que me gustaba tenerla allí y de que su olor volvía más cálida la estancia. No dejé que volviera a su cuarto... solo para vestirse, y para volver a intentar, una y otra vez, que se pusiera lo que yo quería. Se negase o aceptase, me enloquecía. Todo lo que hacía ponía patas arriba mi vida y comencé a tener la extraña sensación de que el tiempo se dilataba y se aceleraba a la vez. Esa intimidad que se estaba estableciendo entre los dos creaba la ilusión de que llevábamos meses allí, y al mismo tiempo, hacía que los días pasaran vertiginosos.

Redactamos un contrato en el que me cedía exclusivamente *El embrujo de Circe*. Le dije que lo firmaría con sangre y así lo hice, usé una pluma negra y estampé mi nombre en el contrato. En él, especificué que podía quedarse con mi alma si incumplía... y yo con la suya si otros ojos que no fueran los míos disfrutaban de esa danza. Pormenorizamos de qué manera le pagaría, y cómo podría usar el contenido de aquellas cintas. El pago era económico, algo totalmente formal. Negocios. Cuando los dos estuvimos satisfechos y no tuvimos queja alguna, después de varias discusiones con su recurrente manera de

zanjarlas —follando—, nos pusimos manos a la obra. *El Embrujo* era mío, y esperaba que la noche cayera para entregarme a él. Le pedía que bailase para mí, y la observaba a través de la cámara, la acechaba con ella y registraba cada detalle, con una ansiedad que me hacía latir el corazón demasiado fuerte. Cuando bailaba descendía sobre nosotros un extraño misticismo, algo visceral y mágico que tiraba de mi alma de la misma manera en la que lo hacía de mi carne. Me despertaba deseos ocultos, una necesidad que me hacía reprimir los impulsos por detenerla y besarla, que me llenaba la cabeza de escenas de *caza*. Me veía persiguiéndola en el bosque más allá de mi jardín, enloquecido por su perfume. Me veía tomándola contra la hierba, mordiéndole la piel hasta marcarla. Pero esperaba, siempre esperaba, como si aquello fuera un ritual que no debiera interrumpirse. La dejaba tejer sus redes con cada movimiento de su cuerpo, la dejaba enredarme con ellas, y cuando todo terminaba, solo entonces me liberaba. *Y la cazaba.*

Ella bailaba durante la noche, algunas noches, cuando yo se lo pedía. Otras veces, yo se lo pedía y ella se negaba. Pero además de bailar cuando le venía

en gana, también comenzó a restaurar las zonas de la casa que habían quedado a medias cuando despaché al equipo de la reforma. Yo iba a pagarle por aquel trabajo, así que me puse quisquilloso al principio, pero al comprobar que trabajaba de puta madre la dejé a su aire. A veces, ella se perdía por la casa mientras yo componía como un loco.

No siempre estábamos follando o discutiendo, o ambas cosas. Algunos días, después de comer, ella ponía la tele en un pequeño saloncito y subía los pies descalzos al sofá. Allí se ponía a ver cualquier cosa y si me sentaba a su lado, me aceptaba y comentaba conmigo los documentales, las series o los estúpidos programas de *reality*, riéndose a media voz de la estupidez ajena. Otras veces trasteaba mis guitarras y se interesaba por las cosas del estudio. Yo también husmeaba a veces en su trabajo, cuando me llamaba la atención algo que estuviera haciendo. A veces, Alexandra comenzaba a apagarse y yo intuía que estaba sintiéndose encerrada. Para evitar que sintiera la tentación de escaparse, la secuestraba y me la llevaba a lomos de la Harley. Le mostré las rutas a través de los bosques que rodeaban mi casa, la llevé a

las ruinas de un antiguo monasterio, e incluso una tarde pasamos horas en la carretera hasta que llegamos a una playa oculta entre peñascos. Aquella fue la única noche que pasamos fuera de mi casa... fuera de mi cama.

Así pasaron los días. No eran apacibles, pero a mí me lo parecían.

*

Ni siquiera me di cuenta del paso del tiempo. A partir de la mañana siguiente, cuando me desperté despeinada y con la pintura de ojos hecha un desastre, arropada por sus brazos, se estableció una especie de acuerdo tácito entre los dos. Nos peleábamos, sí, pero siempre para follar. Era nuestro particular modo de cortejarnos, aunque algunas veces simplemente se me tiraba encima o yo le agarraba de los pelos y le acosaba hasta que me daba lo que quería. Éramos como animales: sin preguntas, sin palabras, sin nada. Solo el instinto y los juegos libres a los que nos entregábamos. Fui su puta muchas noches, todas las que quise. Otras veces fui su dueña, aunque él se

esforzara en imponerse. Pero cuando tenía su polla dentro de mi coño, los dos éramos igual de esclavos y señores del otro. Al final nos estábamos enredando en la misma cadena... y en nuestras batallas nadie perdía. Joder, ojalá todas las guerras del mundo fueran así: placer salvaje y explosiones en forma de orgasmo, sin vencedores ni vencidos. Solo buenos polvos.

Durante esos días aprendí algunas cosas sobre Crowley Hex. Y no en la cama, precisamente, aunque algunas cosas sí que me enseñó... pero empecé a ver otras, interesantes también, fuera de ella. Por ejemplo, cuando estábamos follando él podía llamarme furcia, perra y puta, azotarme y pegarme bofetadas, morderme el culo, atarme o lo que fuera... pero cuando el sexo terminaba, jamás me trató mal. Al revés. Siempre fue respetuoso. No entraba a mi habitación sin permiso salvo cuando estaba buscando guerra, no se entrometía en mis asuntos, hacía la comida sin preguntar, me consultaba si necesitaba algo cuando iba a encargar la compra, se preocupaba de que tuviera toallas, mantas y cualquier cosa que pudiera hacerme falta y me pedía opinión sobre cosas como la decoración del salón, que aún estaba

terminando después de que se lo reformaran, e incluso sobre sus canciones. También me llamaba princesa, aunque yo lo odiaba.

—Debes ser la única mujer del mundo a la que no le gusta que la llamen así —me decía.

—Es nombre de vaca.

Él me miraba con ese brillo malvado en los ojos, tan sexy, y me respondía: «Bueno, las ubres las tienes», o alguna tontería por el estilo.

Yo le insultaba y acabábamos riéndonos, o besándonos.

La verdad es que era un encanto de hombre. Pese a ser un tío muy sexual, no era ningún baboso. Me dejaba a mi aire y respetaba mi independencia a su manera, pero al mismo tiempo siempre parecía estar pendiente de mí de una forma natural y que pasaba casi inadvertida. Como si para él fuera lo normal. Y no lo era, yo sabía que no. También tenía sentido del humor, y unos gustos más refinados de lo que uno

podría pensar viendo la clase de música que hacía y las portadas de sus discos.

Cuando empecé a trabajar en su casa encontré verdaderas obras de arte, algunas pequeñas joyas que él conservaba en estantes con vitrinas. Muchos días ponía música y me pasaba la mañana —es decir, el mediodía— retirando el barniz viejo de una miniatura y aplicando capas nuevas mientras canturreaba a media voz, o reparando una porcelana estropeada. Para eso tenía que ponerme las gafas, cosa que a Crowley le pareció genial cuando me vio con ellas por primera vez. Me dijo que parecía una secretaria sexy de los años cincuenta. Me gustó tanto ese comentario que le habría chupado la polla allí mismo si no hubiera estado tan ocupada con una jarra del siglo quince.

—Tienes aquí piezas por las que un museo pagaría una fortuna, Crowley. ¿Por qué no las llevas allí? —le dije en una ocasión.

Él se encogió de hombros y siguió anotando cosas en la libreta de papel pautado, sin mirarme siquiera.

—Yo las puedo proteger perfectamente. En mi casa no entran turistas llenos de sudor y con sus malditos flashes. Están mejor aquí.

—Lo que te pasa es que las quieres para ti solo.

—Eso también —admitió, riendo—. Pero no creo que en el puto museo vayan a estar mejor que aquí.

Pensé que tenía razón. En realidad, su casa era uno de los mejores lugares que yo había conocido nunca. Era bonita, acogedora, estaba aislada, nadie te molestaba... y además la compañía era buena. En ella me sentía libre.

Descubrí, durante esos días, que los gustos musicales de Crowley eran muy parecidos a los míos. Bueno, eso no es del todo cierto... no lo descubrí, ya lo había imaginado. Si a mí me gustaban sus discos, era de esperar que a él le gustaran grupos parecidos a los que me gustaban a mí. Pero también le gustaba la música clásica, cosa que no esperaba. Para demostrármelo, una noche se sentó delante del piano y se marcó un *Nocturno* de Chopin. Me dejó alucinada,

aunque no lo expresé. Me hizo recordar mis clases de piano. Me habría gustado sentarme y tocar, pero por alguna razón no lo hice. Me daba miedo entrar en temas que pudieran llevarnos a hablar del pasado. Intuía que ambos teníamos cargas similares, de esas antiguas, lejanas y que te marcan más que los tatuajes.

Los ensayos eran mis momentos favoritos del día, si no contamos los polvos. Demona, Ash, Draven y Grimm eran buena gente, tíos bastante normales dentro de lo que cabe. Demona y Ash estaban liados, y el chico le guardaba la cara, porque nunca me echó una sola mirada turbia. Draven era otra historia, aunque no tardó en quedarle claro que era demasiado poca cosa para mí. En cuanto a Grimm... Grimm era gay y no lo llevaba bien del todo. Sus compañeros creían que era bisexual, y había pasado algo entre él y Draven la noche en que les conocí, algo de lo que no querían hablar y que Grimm había decidido olvidar. Me sentía a gusto con él. No porque fuera gay, eso es una gilipollez, sino por su carácter. Era tranquilo e introvertido y tocaba el piano y los teclados como los ángeles. Además, tenía unas ideas buenísimas para las canciones y sabía cómo hacérselas ver a Crowley sin

que él se sintiera violento o con la necesidad de imponer sus criterios. Siempre le hablaba con condicionales. «¿Qué te parecería si en esta línea hacemos esto y aquello? ¿Cómo crees que quedaría?». Y claro, Crowley siempre aceptaba probar. Y siempre quedaba de puta madre.

Yo nunca me metía en sus cosas. En los ensayos solía quedarme por ahí a verles, a veces mientras yo misma me ocupaba de mis propios asuntos, calentando en la barra lateral, haciendo estiramientos o rutinas de gimnasio o leyendo alguna revista de arte. Pero en ocasiones, ellos me preguntaban si se escuchaba bien, o si me gustaba más una cosa u otra...

En fin, todo aquello empezaba a ser agradable. Cotidiano. No una de esas rutinas que amargan, sino de las que te hacen sentir bien y tranquila.

Normalmente aprovechaba cuando él estaba ensayando o componiendo para registrar la casa en busca del cochino contrato de Steve. Lo puse todo patas arriba sin éxito. A veces, Crowley me pillaba volcando cajones, pero no le daba explicación alguna.

Él pensaba que yo estaba loca y que lo hacía para provocarle, y eso le gustaba, así que ¿por qué hacerle cambiar de opinión? No ser capaz de dar con el sucio documento empezaba a inquietarme, pero lo que me inquietó más aún fue darme cuenta de que cada vez estaba menos concentrada en eso, en mi supuesto objetivo, que en Crowley. Y es que era muy difícil resistirse a su hechizo.

Crowley era un hombre especial, extraño y único, como un tigre blanco. Me gustaba provocarle y sacarle de sus casillas, pero a veces también me gustaba darle lo que quería. Bailaba para él o me ponía la ropa que había elegido para mí, o le obedecía cuando me daba órdenes en la cama. Esos pequeños triunfos eran regalos que le hacía y que le ponían tan cachondo como mi rebeldía. Y a mí también. Con él podía ser obediente y sumisa si me daba la gana, porque él sabía quién era yo y cuánto valía. Él no confundía las putas cosas, como el resto de los tíos. Que fuera distinto a los demás me provocaba sensaciones confusas. Pero no fue hasta el segundo martes, once días después de mi llegada a la casa de Crowley, cuando realmente sentí preocupación. Por él, por mí y por todo lo que

estaba pasando mientras nos empeñábamos en no verlo.

Fue una estupidez. Una anécdota tonta. Estábamos en la cocina, habíamos terminado de comer hacía un rato y nos habíamos puesto a jugar al Scrabble. Como la gente normal. Nada de drogarnos, ponernos hasta el culo de vodka y darnos latigazos. Jugábamos al Scrabble como cualquier hijo de vecino. Yo tenía las gafas puestas porque había estado trabajando, unos *leggings*, un jersey de punto ancho y largo que hacía las veces de vestido y los tacones, por supuesto. Crowley se pasaba media vida sin camiseta, pero de alguna manera caló en él eso de que hay que estar vestido para comer y se había calzado una camiseta de Misfits encima de los vaqueros rotos de marca. Se estaba riendo porque él había puesto «amor» y yo la había completado con «desamor».

—¿No te cansas de ser tan bruja, tía? No pones ni una sola palabra positiva.

Me levanté para coger la cafetera y servirme una taza. Me estaba riendo también.

—No es verdad. Pongo muchas palabras positivas.

—Sí, muchas. «Entierro», «puñal», «disparo», «divorcio»...

—Oye, divorcio es muy positiva. Pregúntale a...

—En ese momento solté un grito y di dos pasos hacia atrás, soltando la jarra de vidrio de golpe.

El trasto de Crowley estaba estropeado, era una maldita tostadora y se recalentaba mucho. No lo recordé y la cogí mal, quemándome los dedos. Luego el puto chisme dio un chispazo y empezó a soltar relámpagos azules en miniatura.

Antes de que pudiera darme cuenta, él estaba ahí. Me apartó a un lado y tiró del cable antes de volverse hacia mí. Me preguntó si estaba bien, y joder, tenía una expresión de preocupación que no le había visto a nadie nunca. Bueno, sí. En las películas. Pero era la primera vez que alguien me miraba a mí de ese modo. Me agarró la mano para evaluar los daños.

—Solo me he quemado un poco, no hace falta

exagerar —dije, quitando mi mano de entre las suyas.

—No seas tonta, déjame ver. —Le permití mirarme los dedos, a regañadientes—. Tengo crema para las quemaduras. Póntela cuanto antes o estarás jodida toda la semana.

—Oye, que no soy de cristal.

Me gustaba que se preocupara por mí, pero me resultaba tan extraño que me hacía ponerme a la defensiva de forma absurda. Temí que se tomara a mal mi reacción, pero no podía evitarla. Crowley, sin embargo, se rió.

—Ya sé que no eres de cristal, princesa. Pero esta no es la clase de marcas que quiero que tengas. Además, no vas a poder seguir arreglando mis tesoros si tienes los dedos quemados.

Cuando comprendí que tenía razón en eso, salí corriendo a hacerle caso. Y fue arriba, mientras me ponía la pomada en el cuarto de baño, cuando me di cuenta de que tenía el corazón acelerado y estaba al

borde de las lágrimas, y no por el dolor. Había algo que dolía más, una punzada dulce y amarga al mismo tiempo que me atravesaba el corazón. Con terror, me llevé la mano a la boca y asumí lo que estaba pasando.

Me quedé sentada en el borde de la bañera durante minutos y minutos, intentando volver a guardar dentro de su cajón aquellas emociones que habían salido de golpe. Pero no podía. Estaba asustada y eufórica al mismo tiempo, me sentía flotar y a la vez hundirme. Sabía lo que era eso, pero no quería pensarlo. No quería. Solo deseaba huir de ello, fingir que no existía...

Pero cuando Crowley subió y me pilló allí, desolada, con la mano llena de gel contra las quemaduras y al borde de las lágrimas, ya era imposible escapar a ninguna parte. Todo empeoró. Él pensó que estaba más dañada de lo que le había dicho y se preocupó más. Y cuanto más se preocupaba más me costaba a mí aguantar las lágrimas y las ganas de decir estupideces.

—Vámonos al médico, joder. No puedes estar así

—me dijo.

Yo negué con la cabeza.

—Bésame.

—¿Qué? Oye, princesa, aunque tu abuela te dijera lo contrario, un besito y una canción no van a solucionar eso. Me encanta besarte, pero...

Me puse en pie y le agarré del pelo para hacerlo yo misma. Le planté un beso tan ardiente que pude notar con claridad cómo una oleada de energía vibrante pasaba de uno a otro.

—Que me beses, gilipollas.

Crowley me miró, sorprendido y algo desubicado. Pero enseguida cerró los ojos y obedeció, abrazándome y hundiendo la lengua en mi boca con un gemido apasionado. Lo hicimos allí mismo, me encaramó al lavabo y pude ver mi rostro y su espalda en el espejo mientras entraba en mí, fogoso y salvaje como siempre.

—¿Seguro que no te duele la mano? —preguntó en algún momento.

Yo sonreí como una estúpida, porque sabía que él no me podía ver.

—Cállate, idiota.

Y él me besó, y no volvió a preguntar.

Los tres días que siguieron fueron confusos para mí. Me sorprendía mirándole a escondidas, husmeando entre sus cosas para saber más de él mientras buscaba el contrato, sintiéndome incómoda y asustada unos momentos y eufórica y emocionada otros. El jueves, Demona insistió por alguna razón en que nos hiciéramos una foto todos juntos. Yo no quería salir, pero al final me pareció maleducado negarme. En la tirada de ocho fotos que hizo se veía perfectamente la progresión desde la primera hasta la última. Mientras los demás hacían caras o ponían poses, Crowley y yo nos volvíamos el uno hacia el otro hasta acabar besándonos en la última. Cuando al fin guardó el puñetero móvil, yo me marché de la sala de ensayos

con la excusa de que tenía que hacer pis. En realidad estaba nerviosa e indecisa, como una cría.

Pasé dos noches casi sin dormir, inquieta, y cuando llegó el viernes empecé a pensar que tal vez Crowley y yo deberíamos tener una conversación. Tal vez. No dejaba de buscar pistas en él, en su casa, en sus cosas... para intentar averiguar si sentía algo remotamente parecido a lo que estaba sintiendo yo. Pero no encontraba nada. No sé qué esperaba hallar, la verdad. ¿Su diario? ¿Una libreta con mi nombre dentro de un corazón en todas las páginas? Debía haberme vuelto idiota. «Es ridículo. ¿Por qué iba a ser yo especial?», me decía, tratando de poner los pies en la tierra. Pero de alguna forma, intuía que lo era. Entonces, ¿por qué no podía hablar con él, salir de dudas y aclarar las cosas? Joder, éramos adultos. No podía ser tan difícil. La gente lo hacía a diario.

Así que el viernes, mientras Crowley estaba componiendo en el estudio, me armé de valor y de autoconvicción y dejé a medias una porcelana china para acercarme, retorciéndome los dedos, hasta la sala insonorizada. Me paré un rato en la puerta, mirándole

para tratar de calmarme. Cuando estaba concentrado en sus cosas era especialmente guapo. Tan serio, con esas expresiones intensas, los ojos azules brillando como si fueran de fuego, y las gafas de *nerd* que había descubierto que usaba en algunas ocasiones...

«No le gusta que le interrumpen», dijo una voz oscura en mi interior. «La vas a cagar, Alexandra. Le molestarás, y además harás el ridículo».

—Cállate, voz de mierda —me dije en un susurro.

Crowley me oyó. Levantó la mirada del ordenador portátil y la fijó en mí. Esbozó media sonrisa.

—¿Todo bien, princesa?

El corazón me dio un brinco en el pecho. En fin, yo no era precisamente una cobarde, así que...

—Sí. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Dispara.

Tomé aire con disimulo. Era fácil. «¿Sientes algo por mí?». No, no, no... así no. Mejor de otro modo. «¿Qué soy para ti?». Tampoco, demasiado clásico. «¿Crees que podríamos intentarlo?». Oh, eso no estaba mal. No era demasiado comprometedor y daba pie a un poco de conversación. No era tan directo y...

De pronto, sonó un móvil. Miré a Crowley y este miró el aparato que reposaba sobre los teclados. Luego nos miramos otra vez.

—Cógelo, coño —solté al fin, señalando el chisme. Me estaba poniendo de los nervios.

Él hizo una mueca, extrañado ante mi reacción, y descolgó.

Todo mi *hype* se fue a la mierda.

*

—Diga —respondí con cierta brusquedad. La mirada de Alexandra me había dejado con las ganas de saber de qué quería hablarme, y la llamada me tocaba

las pelotas.

—Crowley, ya tengo lo tuyo.

Me quité las gafas y las dejé sobre el escritorio. Algo debió cambiar en mi expresión, porque Alexandra, que estaba observándome, frunció el ceño. Yo sentí que un calor desagradable me subía al pecho y luego se congelaba. Apreté los dientes.

Era Steve. Había desaparecido por completo de mi memoria, y con una sola frase me despertó de un bofetón a la realidad. Maldito hijo de puta. Se había dado prisa.

—Bien. ¿Cuándo y dónde? —yo seguía con los ojos fijos en ella.

—Esta noche, a las diez en el garaje. Trae a Alex, haremos el intercambio, como acordamos.

Se me aceleró el pulso de pura rabia. ¿Alex? Cabronazo. Pensaba cantarle las cuarenta en cuanto llegase allí. El muy gilipollas creía que tenía algún tipo

de influencia sobre ella. Claro, no sabía que su papel de mierda había ardidido y que pensaba limpiarme el culo con él.

—Allí estaré.

No le dije nada más, colgué el teléfono cuando la rata aún me respondía y me levanté, dejando el aparato sobre el escritorio. Alexandra me miraba interrogante y la corté antes de que pudiera preguntar.

—Era Steve. Ya tiene la pasta.

*

Esas eran las palabras más anti eróticas que uno podía escuchar. Anti eróticas y anti todo. Me quedé inmóvil, parpadeé y luego asentí. De pronto, todo había cambiado. Hasta el aire.

Me sentí estúpida, ingenua y vulnerable como una cría.

—Sí que se ha dado prisa.

Qué cabrón. ¿Y ahora qué iba a hacer yo?

«Pues seguir con el plan, Alexandra». Porque volver a La Ratonera no era una opción, no después de haber estado allí, de haber vivido la libertad que siempre había deseado. Llevaba apenas quince meses en La Ratonera, pero ya era demasiado. Esos cabrones habían jugado conmigo a costa de un puñetero papel que ahora estaba en posesión de Crowley. Cuando Steve me cedió como garantía, pensé que era una buena oportunidad para escapar de aquella mierda y largarme lejos, donde ninguno de esos hombres pudiera fastidiarme más. Donde pudiera hacerme tatuajes, maldición. Pero el puñetero contrato no aparecía y además, durante esos días en casa de Crowley no había pensado en escapar tanto como debiera.

Eso me irritó. No me gustaba mi propia actitud. ¿Por qué me resultaba tan fácil acostumbrarme a cualquier cosa? Tenía esa pulsión tan arraigada, el ansia, la necesidad de un hogar, que cualquier sitio me resultaba bueno. No es que la casa de Crowley fuera cualquier sitio, pero estaba allí porque me habían

cedido, no porque yo hubiera ido por mi propio pie.

No había elegido nada. Y eso lo emponzoñaba todo.

Me quedé mirándole. Seguía confusa. Ahora no sabía cómo dirigirme a él.

—¿Y entonces?

—Entonces iré, cogeré mi dinero, zanjaré mis negocios con él, y convertiré su vida en un puto infierno si no colabora para dismantelar lo de... los negocios en su local. —Se apartó de la mesa, visiblemente alterado. Vi la tensión en su mandíbula. La voz le había cambiado—. No tienes por qué venir. Ese papel no es nada. Quemé ese contrato y me da igual como se ponga Steven, no le debes nada —soltó de pronto.

—¿Quemaste el papel? —Soné más ansiosa de lo que pretendía. Luego me mordí el labio y traté de contener la fuerte emoción que me burbujeaba por dentro. ¡El contrato había desaparecido! Era libre, libre

al fin... lo suficiente como para poner a mi hermana a salvo y empezar de cero—. ¿En serio lo has quemado?

—Sí, ya te lo he dicho. He quemado el puto papel.

—Tengo que volver.

—¿Y para qué vas a volver? —arqueó las cejas, mirándome con incredulidad.

—Tengo que volver —repetí, negando con la cabeza—. Tengo cosas allí todavía, y cosas que hacer.

—No tienes que nada —respondió con brusquedad, casi sin dejarme terminar—. No hay nada que te ate a ese lugar y tu trabajo no es bailar para los cerdos.

Le miré, descolocada, y me puse a la defensiva. Esa actitud no me gustó. Me recordaba cosas que no quería recordar. Nunca se había comportado así.

—Disculpa, pero mi trabajo será el que yo elija. —Fruncí el ceño—. ¿Tienes algún problema con eso?

Porque no me lo ha parecido hasta ahora.

—Tengo un problema con que trabajes para un proxeneta, claro que lo tengo —respondió, cada vez más alterado—. ¿Estás hablándome en serio? ¿Vas a volver junto a esa rata para mantener tu trabajo en La Ratonera? Ese lugar está condenado, Alexandra, y me voy a empeñar en ello.

—¿Es que eres algo mío acaso para tener problemas con mi profesión? —le solté. Era la peor forma posible de preguntar lo que quería preguntarle desde el principio, y lo peor es que ni siquiera lo hice a propósito. Esto tenía forma de reproche, no era lo que quería hacer. Pero estaba poniéndome tensa. Él hablaba como si quisiera retenerme, y aunque yo quería quedarme, no quería que nadie me retuviera. Todo era demasiado retorcido. Era como estar al borde de un precipicio que cada vez se abría más y más, y cada vez quedaba menos tierra sobre la que estar de pie—. Puede que nada me ate a ese lugar, pero nada me ata a ninguno. Y si quiero volver, recoger mis putas cosas y largarme a otra parte ahora que no hay ningún jodido papel que me lo impida, o quedarme con el

imbécil de Steve, o abrir una puta heladería, lo haré.

No, no, no. No era eso lo que quería. No era así como tenían que ir las cosas, todo estaba yéndose por el retrete a una velocidad imposible y me sentía incapaz de retenerlo, igual que el agua escurriéndose entre mis dedos.

*

Quédate, joder.

Era fácil, era jodidamente fácil, una sola palabra. Pero sus palabras me dejaron congelado en el sitio. «¿Es que eres algo mío acaso para tener problemas con mi profesión?». Nos habíamos pasado dos semanas abofeteándonos, mordiéndonos y golpeándonos, y esa era la primera vez que nos estábamos haciendo daño de verdad. Era como una maldita cuchillada en el estómago. El calor repentino se convirtió en frío, mi mirada se afiló.

No, ahora no había ningún puto papel. Podía hacer lo que quisiera, y por lo visto, no era estar aquí. No soy

ningún iluso, pero después de los últimos días pensé que se había establecido algo entre nosotros... y de pronto resultaba que no era nadie.

Quédate, joder. Eres mi musa.

—No... no soy nada tuyo... —respondí, en un tono frío y cortante, contradiciendo a la voz de ese gilipollas en el que me había convertido esas dos semanas—. No soy quién para decirte lo que hacer. No soy nadie para prohibir que te vendas, si es lo que quieres. Haz lo que te dé la gana.

Ya daba igual cuántas veces me lo repitiera. No iba a decirlo, aunque me estuviera quemando por dentro.

*

—¿Que me venda?

Se me subió la sangre a la cabeza. La bofetada que le solté en ese momento no tuvo nada que ver con las que nos habíamos dado antes, otras noches, en

otras ocasiones.

Nada más hacerlo me arrepentí, pero todos tenemos nuestros puntos débiles. Ese era el mío. Yo me había vendido como una idiota, sí, tiempo atrás, de la forma en que se venden todas las mujeres: delante de un cura y con unos anillos. Por eso no podía soportar ciertas cosas, eran superiores a mí.

Tomé aire, bajando la mano. Estaba pálida y me temblaban los dedos. Me dolía todo por dentro.

—Creía que eras diferente. Aún lo creo —dije en un acto de fe—. No te comportes como si fueras igual que todos los demás tíos. No te comportes así, porque sé que no eres así, ¿me oyes?

Él volvió el rostro y tomó aire. Le vi cerrar los dedos y apretarlos con fuerza, y luego quedarse ahí quieto al volver la mirada hacia mí.

—Y qué más te da lo que sea —fue su única respuesta.

Todo estaba saliendo mal y no podía volver atrás, no había manera de solucionarlo, de borrar las palabras ya dichas ni evitar la bofetada ni ninguna otra cosa. Intentaba mantener la frialdad, pero entre el esfuerzo que me costaba eso, contener las lágrimas y el dolor sordo que sentía por dentro, ya no sabía qué hacer.

Así que huí.

Me di la vuelta y me fui, agarrándome al borde de la barandilla para subir las escaleras, digna, todo lo digna que podía ser —que aún era mucho—, mientras sentía cosas infames por dentro, cosas horribles, cosas que solo se pueden decir con cursiladas como «corazón roto» o mierdas del estilo.

Necesitaba marcharme, esta vez en serio. Necesitaba estar sola y dejar que todo aquello se asentara... y tenía que recoger mis cosas, eso era cierto. No es que tuviera nada de valor en La Ratonera, pero igual que quería irme de casa de Crowley para ser libre de volver cuando quisiera, por decisión propia, si así lo quería... también deseaba volver a La Ratonera para marcharme de ella por mi

propio pie, sin esconderme, en las propias narices de Steve y su asqueroso hermano. Todas esas cosas que parecían chulerías sin importancia y que en ese momento no hallaba palabras para explicar, eran vitales para mí. Me había pasado tres cuartas partes de mi vida siendo una prisionera: de mi familia, de las convenciones sociales, de mi marido. Ahora quería reivindicarme. Para mí, significaba el triunfo de toda una vida de lucha.

Pero eso no se lo podía explicar a Crowley. No podía decirle nada de eso, igual que no podía decirle esas otras cosas: que era más importante mi propia dignidad que... que el enamoramiento estúpido que me estaba afectando.

Eran cuestiones difíciles, sí. Y de nuevo, no quería ni pensar en ellas.

Cuando llegué a mi habitación —no era mía, me recordé—, tenía los ojos turbios de lágrimas.

Me las tragué.

La dejé huir. De esa manera también yo me escondía. De esa manera, dejaríamos de hacernos daño como lo estábamos haciendo. Todo había sido fácil en esa burbuja ilusoria que nos habíamos montado, dejando al otro lado una realidad que tarde o temprano iba a arrollarnos como un maldito camión.

Ya lo había hecho, y estaba rabioso. Apenas podía respirar y cuando me quedé solo tuve la sensación de que comenzaba a sangrar por alguna herida invisible. No podía callar esa voz que me repetía que no podía ser, que solo nos habíamos dicho mentiras, que todo lo que habíamos vivido era *real*, porque por mucho que lo intentase no podía borrar esa certeza de mi cabeza, lo había visto en sus ojos una y otra vez: cuando despertaba entre mis brazos, cuando terminábamos extenuados después del sexo. Era real, y yo no entendía por qué ella lo negaba, por qué le daba la espalda así. Ya era tarde para pedir explicaciones, yo también había hundido el filo en ella, también había provocado una herida. No le había puesto la mano encima, pero la había golpeado.

Me di la vuelta y agarré el Smartphone. Lo tiré con tanta fuerza contra la pared que reventó, la carcasa se rompió y los componentes se desperdigaron sobre el suelo, la batería salió disparada y se perdió bajo un mueble. Tuve que abrir la ventana del estudio y agarrarme del borde, respirando, en un intento por que pasara aire a mis pulmones.

—Imbécil... —dije entre dientes, en voz baja. No era a ella, era a mí.

¿Por qué no podía hacerlo fácil? ¿Por qué no podía ella hacerlo fácil? Eran pocas palabras: *Quédate, eres mi reina. No sé cómo ha sucedido, pero lo eres.*

Cuando conseguí calmarme, busqué la pistola en el cajón del escritorio, me puse la chupa y la guardé en el bolsillo interior. Cogí las llaves de la moto y fui a esperarla fuera.

Ella había tomado una decisión, ¿y quién era yo para impedirselo? Nunca fui su carcelero.

Cuando terminé de hacer las maletas, ya había pasado un buen rato. Conseguí no llorar, pero tuve que tomar dos aspirinas para el dolor, a saber de qué, pero me dolía. Me dolía todo. Era increíble que no hubiera sufrido con las palizas que nos dábamos y estuviera haciéndolo ahora.

No me peiné, me dejé el pelo suelto y solo me pinté los labios y los ojos. Me vestí con pantalones vaqueros y botas de tacón, una blusa de cuello barco bastante discreta para lo que yo solía ser y el mismo abrigo de pelos que había traído el primer día. Tras dudar un momento, agarré el mechero Zippo y me lo guardé.

No hice nada de lo que deseaba hacer. No me detuve a mirar alrededor para atesorar recuerdos ni dejé ninguna nota íntima confesando nada. Lo único que sí dejé fue, apuntado en la pizarra del estudio de Crowley —una de esas blancas sobre las que se puede escribir con rotulador— mi número de teléfono. Yo ya tenía el suyo, se lo había robado del móvil unos días atrás.

Cuando salí afuera, ninguno de los dos nos

mirábamos.

—He llamado a un taxi. Para las maletas.

Me puse un cigarro entre los labios y me lo encendí con el mechero. No con el Zippo, con uno de plástico color negro que llevaba en el bolso.

El jardín estaba precioso.

No puse los ojos sobre él ni una vez. Si lo hacía lo pasaría muy mal, me iba a doler todavía más.

Qué estúpida había sido al pensar que podía jugar con fuego sin quemarme.

*

Cuando ella salió, iba por el tercer cigarro. Me los había encendido con un mechero mierdoso, en esos momentos no pensé en subir al cuarto de Alexandra a por el Zippo. Tiré el cigarro al suelo y lo pisé en cuanto se acercó a mí. Le tendí el casco sin mirarla. Siempre lo hacía aunque no se lo pusiera.

Había llamado a un taxi, y eso nos daba unos instantes. Nos daba unos minutos. Podría aprovechar, estaba a tiempo. Si la miraba un solo momento a los ojos no podría soportarlo. Le pediría que se quedase. Haría el ridículo intentando retenerla. Así que me retorcí el cuchillo que ya tenía clavado: *Yo no era nadie*, me recordé. El claxon del taxi se dejó oír al fin y pulsé el mando para abrir la cancela.

Encendí la moto y esperé a que metieran las maletas en el coche. Cuando Alexandra subió tras de mí quise anularme los sentidos. Su perfume me asaltó y apreté los dientes. Al notar su cuerpo contra el mío aceleré, dejando todo atrás. Conduje deprisa y rabiosamente, como si nos persiguiera una horda de demonios, como si así pudiera escapar de lo que sentía, de ella, sabiendo que eso ya no era posible.

*

Me abracé a su cintura. Apoyé la mejilla en su espalda y recé por que hubiera mucho tráfico y el trayecto fuera largo. Pero la puta carretera estaba despejada. «No tiene por qué ser la última vez,

Alexandra. Solo necesitas tiempo. Deberías decírselo. Seguro que lo entiende». Eso me lo decía yo, a mí misma. Pero la voz oscura también tenía su parte. «Cree que eres una puta, y digas lo que digas, eso no va a cambiar. Te empeñas en creer que es diferente, pero solo es cuestión de tiempo que te decepcione. ¿Te vas a exponer a eso? ¿Vas a ser tan estúpida como para bajar las defensas y dejar que te hagan daño otra vez? ¿Vas a hacerlo, Alexandra?». Mandé a las dos voces a la mierda y me limité a cerrar los dedos en su chaqueta de cuero con más fuerza.

Cuando llegamos al callejón de atrás de La Ratonera y Crowley detuvo la moto, me bajé sin esperar a que me lo indicara, soltándole de repente. El taxi había llegado un poco antes que nosotros, y aproveché para sacar las maletas y ponerme las gafas de sol. No quería que nadie viera mis ojos. No estaba llorando, pero jamás permitiría que el hijo de la gran puta de Steve se diera cuenta de que estaba triste o herida.

Ni el aire de la carretera había conseguido atenuar la sensación de ahogo. Alexandra se separó de mí, y seguí sintiendo la huella de calor de su cuerpo contra mi espalda, sus manos apretando el cuero de mi chaqueta. No pude evitar que mis sentidos recogieran hasta el último detalle en ningún momento. Aún estaba a tiempo de tragarme el orgullo, de dar el paso, pero no lo hice.

Bajé de la moto y la esperé, pero entré primero en el garaje, directo hacia la mesa mierdosa de Steve. Allí estaba su hermano, tenían las copas servidas, pero lo ignoré todo. Le vi tensarse cuando aparecí, caminando hacia él como si fuera a arrollarle, y no me faltaban ganas, quería destrozarle.

Me detuve a dos pasos, interponiéndome entre él y Alexandra, que se quedó por detrás de mí, en segundo plano.

—¿Y bien? ¿Dónde está lo mío?

Esa carroña no se merecía ni un saludo. Le miré a los ojos, deseando que me hubiera vacilado, deseando

que tuviera ganas de juerga y que me diera una excusa para reventarle la cabeza.

Por suerte para él, Steve me dio la pasta sin rechistar, dentro de un maletín.

—Puedes contarlo si quieres —dijo el hermano.

Cogí el puto maletín y lo tiré detrás de mí. Se abrió y desparramó su contenido por el suelo. En realidad me importaba una mierda el dinero, pero era mío, y a mí las cosas me gustaba dejarlas claras. Casi al mismo tiempo me acerqué de dos zancadas al imbécil de Steve y le agarré de la chaqueta. Le empujé, golpeándole contra uno de los pilares del garaje.

—¿Estás traficando con niños, Steve?

Su hermano se me echó encima. Me di la vuelta y le estampé un puñetazo en la cara. Escuché el hueso de su nariz crujir, y después cayó al suelo. Steve abrió los ojos como platos y se acojonó. Oí los tacones de Alexandra alejarse en dirección a la puerta de La Ratonera. La música inundó un instante el garaje,

antes de que todo volviera a quedar en silencio.

—Traen el carnet en regla. ¿Cómo puedo saberlo, Crowley? Tío, no puedo comprobar uno por uno si son falsos... —farfulló la rata. Putas excusas.

Volví a cerrar los puños en su chaqueta. Estaba acojonado, lo veía en sus ojos, y eso me hacía sentir un desprecio mayor del que ya sentía. Ahora se acojonaba...

—¿Que no puedes, hijo de puta? Sabes de sobra que lo son, y las vendes en tu local de mierda. No te atrevas a mentirme, sé lo que estás haciendo aquí, y vas a dejar de hacerlo si no quieres que convierta tu vida en un puto infierno. —Le escupí las palabras a la cara, apretándole contra el pilar.

No quería echar mano de la pistola porque en ese momento era capaz de cualquier cosa, la sangre me hervía en las venas, y no solo porque Alexandra hubiera desaparecido en el interior del local.

—Se lo ha dicho esa puta —escuché a su hermano

—, seguro que ha sido ella.

—¡Cállate, joder! —Steve gritó a su hermano. Casi podía oler su miedo—. Mira tío, lo siento. No puedo hacer nada. No es cosa mía. Hay mucha gente por encima de mí, ¿sabes? No eres solo tú. Hay gente importante. No puedo simplemente dejarlo correr. ¡Me matarían, tío! ¿Es que no lo entiendes?

Le estaba respirando en la cara y apretándole con tanta fuerza que debía estar haciéndole daño. No era ni una milésima de lo que deseaba hacerle en ese momento. No necesitaba la pistola para nada, podría destrozarle con las manos. Le levanté y le tiré contra la mesa, los vasos cayeron el tablero se partió bajo su peso.

—Entiendo que eres la rata más cobarde con la que he tenido la mala suerte de toparme. —Me acerqué para escupirle y mirarle desde arriba. A su hermano le estaba ignorando, pero como volviera a mentar a Alexandra de aquella manera se llevaría lo suyo—. No vas a volver a ver mi dinero, y vas a arrepentirte de no haber tenido cojones para tomar la

decisión correcta cuando has podido. Me importa una mierda a cuántos tengas por encima, ni quienes sean, voy a joderos bien y no voy a descansar hasta aplastaros.

Me di la vuelta y recogí el maletín, metiendo el dinero dentro. Volvería a limpiar ese dinero invirtiéndolo en los abogados que hicieran falta. Haría bien las cosas, cerraría ese agujero de mierda y les vería a todos pudriéndose en la cárcel.

Antes de largarme, me volví para mirarles una última vez.

—Como me entere de que le tocáis un solo pelo a Alexandra volveré y os mataré. A los dos.

CAPÍTULO CINCO

—Tenemos las manos atadas.

Estaba sentado frente al escritorio, mirando sin ver mi propio reflejo en la pantalla del ordenador apagado. No podía creer lo que escuchaba a través del auricular del teléfono.

—Estás tomándome el pelo.

—No, señor Moore. Si se tratase solo de cerrar el local, tal vez tuviéramos alguna opción, pero meternos en esto le perjudicará tanto a usted como al bufete. No tenemos ninguna posibilidad, ni medios, para enfrentarnos a algo así.

—Sois el mejor bufete de la ciudad... si no del país ¿y no tenéis ninguna opción ante esto?

Llevaba dos días moviendo las cosas, desde que Alexandra se marchase y yo le cantara las cuarenta a Steve en el garaje de La Ratonera. Apenas había

dormido, hice llamar a los abogados y les expuse el caso. Al principio me aseguraron que se pondrían manos a la obra, que no parecía más que una red de tráfico menor, pero luego comenzaron a darme largas. Al final empecé a mosquearme, y ahora estaban tratándome como si fuera gilipollas o hubiera nacido ayer, y lo hacían a través del teléfono.

—El tráfico de menores es más común de lo que puede imaginar, señor Moore, y siempre está en manos de personas con poder...

—Me importa una mierda en manos de quiénes esté. Eso tiene que terminar.

—Lo único que podemos hacer es recomendarle que siga con su vida. Usted no tiene medios para enfrentarse a una estructura así, será su ruina si lo intenta. Y permítame decirle a nivel personal, señor Moore, que entiendo lo que desea hacer y lo comparto, pero no se puede salvar a todos... el mundo es cruel y...

—¡Sé cómo es el puto mundo! —Acabé alzando la

voz, y levantándome del asiento en un acto reflejo. Golpeé la mesa con el puño cerrado—. Es una mierda por culpa de gente como vosotros. Si sabéis y calláis tenéis las manos tan sucias como Steve Harrison, sois tan responsables como los hijos de la gran puta que pagan por follarse a una niña que podría ser hija de cualquiera de vosotros.

Hubo un momento de silencio al otro lado de la línea.

—Debe ser razonab...

—Vete a la mierda. Idos todos a la mierda.

Colgué el teléfono con un fuerte golpe. El corazón me latía a toda prisa. Una fuerte náusea me trepó hasta la garganta. Johnson and Kepler era el bufete más exitoso y caro de la ciudad, llevaba los casos de las más altas instancias, y comprendí en ese momento que lo más seguro es que hubiera alguno de sus clientes metido en esa mierda. El asunto era turbio de cojones, era más importante de lo que había creído en un principio y los únicos que podrían haber marcado

una diferencia acababan de darme la espalda. No sentía miedo, lo que sentía era asco... hacia ellos y hacia el mundo, hacia mí mismo, que había estado contribuyendo a esa aberrante maquinaria por mera estupidez.

Me dejé caer en el sillón del escritorio, hundiéndome en él. Presioné con los dedos en mis sienes, donde el corazón me latía como un martillo. Cualquier éxito parecía fútil y absurdo al lado de este fracaso. *No se puede salvar a todo el mundo.* Lo sabía de sobra, y me sentía un cabronazo ante la sola idea de abandonar a quienes ya sabía atrapados en el infierno. Una desagradable sensación de irrealidad me asaltó, como si nada de lo que me rodease tuviera valor ni consistencia. Odiaba aquella sensación, me amargaba y tenía un sabor añejo, a recuerdos sepultados.

La rabia y el cansancio estaban disputándose mi conciencia, y también mi cuerpo, comenzaba a sentirme enfermo de ambas. Respiré despacio e hice girar el sillón. Cuando abrí los ojos fijé la mirada en la pizarra... estaba intentando dejar la mente en blanco,

pero entonces vi el número, escrito en rojo sobre la superficie blanca. No sé cómo me había pasado desapercibido hasta ese momento. El pulso se me disparó aún más en las venas. Me levanté y cogí el teléfono. Marqué a toda prisa, presa de una agitación que había vuelto a hacer del mundo un lugar real.

Tenía que avisarla, tenía que pedirle que saliera de allí, tenía que contarle lo que sabía, pedirle que viniera. Ella había dejado esos números en la pizarra como una señal secreta, eran una coma donde yo había visto un punto y final. Me sorprendí conteniendo la respiración.

Un tono. Dos. Tres. Presioné los dedos contra la mesa. Cinco. Seis. Siete.

—Hola...

—Alex...

—...este es el buzón de voz de Alexandra Mills...

Apreté los dientes. Colgué. Volví a marcar. Uno. Dos. Tres. Siete. *Hola... este es el buzón de voz*

de... Colgué. Tomé aire. Volví a marcar. Uno. Dos. Siete. Hola...

Colgué. Me dejé caer de nuevo en la silla. La absurda esperanza que se había encendido en mí de pronto se vio sepultada por todo lo que instantes atrás amenazaba con ahogarme, que volvió con más fuerza.

No podía hacer nada por salvarles. Ni por salvarla a ella. Ni siquiera había sido capaz de retenerla, de tragarme el orgullo, y había perdido todas las oportunidades. Tenía todo lo que cualquiera habría podido desear pero en esos momentos me sentía el mayor fracaso sobre la faz de la tierra. Y esa es una sensación que me cuesta demasiado soportar. Tragué saliva con fuerza y volví a coger el teléfono. Necesitaba escapar de aquello antes de que me enloqueciera.

—¿Ash? Llama a los chicos —dije al escuchar que descolgaban—. Traed a vuestros colegas, a las *groupies* del Infierno y a quien os salga de las pelotas, pero no tardéis. Hoy hay fiesta.

Prefería quemar la noche antes que arder yo mismo en esa llama.

*

—Eh, tú, cacho de zorra.

Durante dos días había conseguido mantener a raya a Steve y a su asqueroso hermano, pero al parecer no habría un tercero. Y justo cuando estaba saliendo de aquel lugar de mierda.

Había preparado mi partida al detalle. Recogí todo lo que me quedaba allí, que no era poca cosa, aunque a Crowley no le había dado detalles. No era solo por los libros. También tenía la pequeña caja fuerte donde guardaba mis tarjetas privadas y bastante dinero en efectivo, los documentos de mi matrimonio y otros asuntos muy privados que no podía permitir que cayeran en manos de nadie. Así, con todo lo importante y mi ropa y maquillaje guardado en las maletas, me dirigía hacia la salida por la puerta grande cuando Brent se me puso por medio.

—Te estoy hablando, putita.

Me detuve y le miré de arriba a abajo por encima de las gafas de sol.

—No, no lo estás haciendo. No sé a quién te diriges, pero utilizando esas palabras te aseguro que no es a mí.

El imbécil de Brent era lo último que quería ver en aquel momento, pero cuando Steve también apareció, de pronto me alegré. Sí, me alegré de tenerles allí a los dos. Siempre había querido marcharme delante de sus narices, y eso iba a hacer. Llevaba años conteniéndome, fingiendo ser menos de lo que era mientras esperaba este momento, el momento en que el maldito papel desapareciera. Y ahora que ya no estaba por ninguna parte, no tenía nada que me retuviera allí... ni tampoco nada que me contuviera.

—¿Qué coño le dijiste a Crowley?

Ahí estaba Steven, con esa voz sibilina y la mirada afilada y peligrosa. Por un momento me preocupó que

llevara armas. Este cabrón cobarde seguramente no tuviera problemas en disparar contra una mujer desarmada. Pero solo lo haría si yo le daba la oportunidad.

—Nada que no pudiera ver por sí mismo. ¿No es tu socio, acaso? No me dijiste que le ocultabas negocios.

Me soltó el primer revés. Bien, empezábamos estupendamente. Me coloqué las gafas mientras él me agarraba del cuello, hablándome muy de cerca, apestando a *whisky*.

—Maldita seas. Yo no sé nada de la edad de esas putitas, ni me importa. No puedes culparme por eso. Y si nos metes en un lío, caeremos todos, ¿me oyes? No sé por qué crees que puedes irte de aquí sin permiso. Tú perteneces a La Ratonera.

Le sonreí y le miré durante un rato. No me daba ningún miedo y no pensaba fingir más. Steve tenía los ojos vidriosos, enrojecidos. Había estado bebiendo. Seguramente se había estado drogando.

—Dime, ¿no podemos llegar a un acuerdo, Steve?
—le susurré con voz melosa.

Él entrecerró los ojos. Vaciló, mirando a un lado y a otro. Solté las maletas, cogí su mano libre y me la llevé al pecho, apretándola contra una de mis tetas.

—Sé que siempre lo has querido...

Vi el deseo brillando en sus ojos. Me agarró del pelo y me besó con furia contenida, echándose encima y asediándome contra la pared. Menudo hijo de puta. Abrí la boca y respondí a su beso hasta que sus manos bajaron a mis tetas. En cuanto me soltó el pelo, le mordí la lengua con fuerza. Luego, rápidamente, le agarré las muñecas y le retorcí los brazos en una llave que aprendí en *True Detective*. Benditas series.

—¡Aaaaaah! —gritó, escupió sangre, y cuando su hermano corría hacia nosotros para liberarle, le levanté sobre mi hombro y le lancé contra él.

—¡Seguridad! —gritó Brent, zafándose de su hermano como pudo—. ¡Subid aquí arriba! ¡Maldita

sea!

Sentí la adrenalina corriendo por mis brazos y piernas. Llevaba diez años entrenando a diario. Era bailarina de *pole dance* y practicaba artes marciales. Aquellos cabrones solo sabían pegar puñetazos y se pasaban los días sentados, bebiendo, fumando y haciéndose pajas. No tenían gran cosa que hacer conmigo, así que me ahorré incluso fanfarronear. Me lancé contra Brent y le solté una patada salvaje entre las piernas, luego otra y otra más. Y cuando cayó al suelo, encogido, con el rostro congestionado y los ojos en blanco, gritando como un cerdo en el matadero y soltando espuma por la boca, le pisé los huevos con el tacón.

—No sabes las ganas que tenía de hacer esto.

Me relajé demasiado disfrutando del momento. Los nudillos de Steve me alcanzaron en plena cara y por un momento di un traspié. Se me nubló la vista.

—Te voy a matar, puta.

Algo se enredó en mi garganta y sentí que apretaba con fuerza. Metí los dedos bajo el cinturón con el que intentaba asfixiarme y me impulsé hacia atrás para golpearle contra la pared. Caímos sobre la alarma anti incendios, que empezó a sonar con fuerza. Comenzó a llover agua de los aspersores del techo. Le golpeé otra vez, y otra vez más. Como no conseguía sacármelo de encima, acabé por echar una mano hacia atrás y clavarle las uñas en los ojos.

Al fin me soltó, entre gritos. Le quité el cinturón, jadeando y tambaleándome, algo mareada, y enfoqué la vista en él.

Ahora sí. Ahora me las iba a pagar. Volví a pisarle los huevos a su hermano, para asegurarme de que seguiría retorciéndose en el suelo un rato. La sangre manchó sus pantalones y gritó de nuevo. Luego me volví hacia Steve y comencé a golpearle con la hebilla. Cuando cayó por fin al suelo, me senté encima de él y le arañé de nuevo las mejillas, abriendo la carne con mis uñas de porcelana.

—¡Aaaaaah! ¡Maldita loca!

—Dime... gilipollas —le espeté, jadeando, mientras le agarraba del pelo y le golpeaba la cabeza contra el suelo—, ¿en qué puto momento... me confundiste con un ratón?

Les até las manos con el cinturón y pasé la correa por el tubo de un radiador antes de cerrarla, dejándoles allí, malheridos, lloriqueando, sin fuerzas siquiera para insultarme. Luego me coloqué la ropa y traté de arreglarme el pelo, me puse las gafas y salí caminando con toda dignidad hacia la puerta.

Cuando pasé por el piso de abajo encontré a Irina y Olesya, juntas en un rincón. La alarma anti incendios había hecho salir a todo el mundo y los bomberos estarían de camino para comprobar qué ocurría. Las miré, estaban empapadas y asustadas.

Recordé lo mal que Crowley se había tomado el asunto de la trata de blancas. Me mordí el labio, dudando, y luego miré hacia arriba. Me acerqué a ellas con rapidez y saqué la cartera.

—Marchaos de aquí. Coged vuestras cosas y

marchaos —dije dándole diez de los grandes a Olesya, que era la mayor—. Avisad a las demás. Id todas juntas. No vayáis a la comisaría, id a la Cruz Roja o a... —por mucho que lo pensaba, no se me ocurría ningún lugar seguro. En todas partes había hijos de puta—. Donde sea, pero poneos a salvo. Y usad bien el dinero, ¿me oyes?

La niña asintió. En su carnet ponía que tenía veintiuno, pero yo sabía que tenía dieciséis.

Volví a coger las maletas y salí a la calle.

Me sentía liberada. Tranquila. Por primera vez en mucho tiempo, era yo misma. Podía hacer lo que quisiera y nadie tenía poder para presionarme, extorsionarme o joderme la vida, ni a mí ni a mi familia. Y era muy raro.

Debería haber estado eufórica, sin embargo más bien tenía ganas de llorar. Era un alivio. No era un éxito, no era un triunfo, como yo había esperado... era un puto alivio, simplemente. Paré un taxi y cargué las maletas, luego subí en el asiento de atrás.

—¿Dónde vamos, señorita?

—Al aeropuerto.

El hombre arrancó y condujo a través del intenso tráfico de la gran ciudad.

—¿Se encuentra bien, señorita? Le sangra la nariz.

—No se preocupe —contesté—. Es que me han dado un puñetazo.

El taxista me miró con cierta alarma.

—¿Quién ha sido, señorita? ¿Su novio?

—Más quisiera ese imbécil ser mi novio.

—¿Quiere que vayamos a poner una denuncia?

—No se preocupe. No será necesario.

—Espero que le haya dado su merecido.

Sonreí.

—Sí, lo he hecho.

—Me alegro. Sí, me alegro.

Aquella conversación tan tonta me relajó al instante. Apoyé la cabeza en la ventanilla y miré discurrir las luces de la ciudad ante mis ojos. No sabía dónde iría, tampoco qué iba a hacer... pero ahora podía hacer cualquier cosa. Todo lo que quisiera. Era libre, y el mundo era mío.

Era libre, sí.

De pronto, en la radio empezó a sonar una canción terriblemente conocida. Los rasgueos de la guitarra eléctrica y los acordes de teclado me arrancaron el velo de golpe.

Era libre, y estaba sola. Podía ir donde quisiera, pero no tenía adónde ir. Podía hacer lo que quisiera... y solo había una cosa, una única cosa que quisiera hacer.

La voz de Crowley Hex irrumpió como una

puñalada, grave, profunda, seductora. Se me hizo un nudo en la garganta. Las imágenes de los escasos días compartidos sacudieron mi memoria como golpes certeros. Había cantado esa canción para mí en un ensayo, mirándome a los ojos, prometiéndome horas de salvaje desenfreno con aquella mirada penetrante y sucia que tanto me gustaba... la había cantado en la ducha, a solas, cuando él creía que nadie le escuchaba. Una vez la canturreó mientras fregaba los vasos y se quejaba de mi carmín permanente.

Por Dios. Estaba enamorada como una imbécil, y ya iba siendo hora de hacer frente a eso.

—Disculpe... —Se me quebró un poco la voz y carraspeé—. Disculpe —repetí—. He cambiado de idea. ¿Le importa si le doy otra dirección?

—Claro que no, señorita. Faltaría más. ¿Dónde la llevo?

Le di la dirección de Crowley y luego busqué en mi bolso. Fruncí el ceño. Había perdido el móvil, seguramente durante la pelea. Bueno, ya tendría

tiempo de comprar otro.

*

La casa se había llenado de gente. Escuchaba el ir y venir de pasos, gritos y risas que eran ahogados por el latido de la música, un eco persistente que se fundía con los demás sonidos en una reverberación extraña. Me parecía escucharlo todo como si estuviera reproduciéndose a un compás cada vez más lento... las voces se alejaban, se distorsionaban, se volvían graves. A veces una risa aguda sonaba como el cristal al quebrarse. El mundo giraba despacio, detrás de una barrera, y yo estaba en algún punto alejado, dejándome arrastrar por la marea a la que me había entregado, y esta era pegajosa y oscura.

Cuando llegaron los chicos, acompañados por todos los invitados, yo ya estaba borracho. Abrí la puerta con la botella de Johnnie Walker en la mano, ya medio vacía y seguí bebiendo y esnifando hasta olvidarme de mí mismo en el salón invadido por extraños. En ese instante solo podía recordar flashes: las chicas sentadas en el sofá, a mi alrededor, una de

ellas bebiendo el *whisky* de mi boca, otras manos abriéndome los pantalones, unos labios húmedos y calientes en mi cuello, ropa en la escalera, abrir la puerta de la buhardilla al golpearla con la espalda mientras alguien me besaba impetuosamente.

Parpadeé con fuerza y levanté la cabeza, fijé la mirada en las vigas de madera del techo. Un escalofrío me lamió la espalda, me arqueé y al empujar con las caderas noté la sensación mojada y ardiente alrededor de mi polla. Se me erizó la piel y dejé escapar un jadeo ahogado, el sonido húmedo de los labios que estaban aplicándose en satisfacerme me llegó con claridad. Las sensaciones volvieron a mí de nuevo, como si por unos instantes me hubiera escapado de mi propio cuerpo y hubiera regresado. Las risas lúbricas sonaban lejanas, sobre mi piel las caricias se confundían. Dos, tres... cuatro manos. Cinco, seis. Se hundían en mi pelo, me arañaban con las yemas de los dedos. Labios en mi cuello, besos ardientes que no lograban despertarme de ese sueño, que se volvían sordos sobre mi piel. Sacudí la cabeza, agarré por la melena rubia a la muchacha que tenía de rodillas ante mí y me hundí en su garganta. Una nueva sacudida, escalofríos. Había otra

chica sobre las sábanas revueltas, bajo el cuerpo de la que estaba chupándome la polla, cuando esta me liberaba, su lengua me recorría, los labios de ambas me besaban la piel caliente y tensa, y otros labios mantenían mi boca ocupada. Perdí la cuenta de las manos, las bocas, los cuerpos que se enredaban sobre la cama, apenas podía concentrarme en ellos. Mi propio cuerpo se había entregado a esa orgía y estaba reaccionando por su lado, estaba duro y excitado, la piel me ardía y el corazón me latía con fuerza, me agitaba entre las caricias, jadeaba y mordía la carne que se exponía ante mí, me hundía entre los labios anhelantes que me reclamaban una y otra vez, dejándome llevar en esa danza que había perdido todo el sentido.

Quería soltar las putas riendas y arder, pero el fuego había quedado cercado, yo mismo me había alejado de él, había sepultado a las bestias con todo lo que tenía al alcance de la mano, y al hacerlo, también me había encerrado a mí mismo. Todos los estímulos se quedaban a medio camino. El placer era un escalofrío angustioso y frustrante, intentaba alcanzarlo y se escurría entre mis dedos como arena seca. Nada

me saciaba, nada me calmaba, en algún lugar crecía la frustración, crecía la ira, y tampoco podía alcanzarlas desde ese limbo en el que me había sumergido. El mundo giraba sin sentido, todo se volvía insustancial, el calor entre mis piernas, las bocas que besaba, la carne turgente de los pechos que estrujaba, las manos que me recorrían la piel... eran como un sueño difuso, como el roce desde el otro lado de una pantalla... nada llegaba a tocarme realmente.

Me abandoné a las manos lujuriosas... en algún momento me encontré embistiendo tras uno de aquellos cuerpos que se agitaban al son de la música ralentizada, con los cabellos rubios fuertemente agarrados entre mis dedos. No era capaz de encadenar los sucesos, pero intenté aferrarme a los intermitentes mordiscos del placer... intenté perseguir el fuego que me purificase.

En vano, porque solo había soltado las riendas, pero allí no había ningún fuego en el que arder. No había nada real.

Y yo lo sabía.

Cuando el taxi se detuvo más allá de la verja, lo primero que le extrañó fue encontrarla abierta. Crowley era muy estricto con la seguridad, y también con su intimidad. La gravilla crujía bajo las ruedas del vehículo. Vio varios coches aparcados. El corazón le latía rabiosamente y quizá por eso no le pareció raro pensar en una fiesta. Él no había organizado nada mientras ella estuvo en la casa, aunque en las revistas Alexandra había leído que las fiestas en casa de Crowley Hex duraban días y noches y que acudía lo más granado de la sociedad, así como lo más prohibido. No le dio demasiadas vueltas al tema. Tenía la cabeza en otra parte.

Dos días atrás las cosas habían salido mal, muy mal... pero ahora podía arreglarlo. Ya no tenía por qué esconder nada. El orgullo estaba bien, en su justa medida. Ahora que había demostrado su libertad y se había reafirmado, podía volver y decirle lo que sentía, preguntarle si él también tenía esa extraña sensación, como si el mundo

hubiera cambiado por completo, como si hubiera en él más colores, una solidez nueva bajo las suelas de los zapatos y una esperanza casi infantil al final de cada camino. No se lo diría con esas palabras, claro. Crowley era un tío duro, si le hablaba de ese modo se reiría de ella. «Yo misma me reiría de mí si alguna vez digo algo tan jodidamente cursi», se reprendió en silencio. Usaría otros términos pero le haría saber que le importaba.

Las cosas saldrían bien esta vez. Ella tenía ese pálpito interior desde el principio, ella sabía que entre los dos había algo especial. Aun así, un cosquilleo de emoción e incertidumbre le hormigueaba en el estómago. ¿Cuántas veces había sentido eso? Pocas. Un par de veces solamente, y siempre por gilipollas que no lo merecían. Ahora tenía que ser distinto.

«Lo será, será distinto... porque Crowley es distinto».

Pagó al taxista y le dejó el cambio. El hombre

había sido amable, se lo merecía. No solía conocer a hombres amables, por lo que gustaba de premiar a los tíos que luchaban contra la imbecilidad y el cretinismo inherentes a su condición. Además, como no eran muchos, no se iba a arruinar.

Descargó las maletas y las dejó en la puerta de entrada, llamando al timbre. Desde el interior llegaba el sonido de la música, que hacía vibrar incluso la puerta blindada.

Tardaron un rato en abrir. Tuvo que llamar tres veces. Entonces se encontró en la puerta a un desconocido con el torso desnudo que la miraba con los ojos casi fuera de las órbitas. El tipo se mordió el labio, tras recorrerla lascivamente de arriba a abajo con la mirada, y luego se relamió.

—Joder... —murmuró, dando un traspié.

—Sí. Es la reacción normal. —Alexandra le apartó con el brazo. El tío estaba como una cuba y puesto de a saber qué—. ¿Sabes dónde está Crowley?

Había mucha gente. Olía a alcohol, a marihuana y a algo indefinible, como a cloro. En la cocina, un grupo estaba bailando a la luz de las velas. En el salón distinguió a Demona y a Ash, junto a un montón de hombres y mujeres vestidos de negro, con los ojos pintados, bailando, bebiendo, besándose, drogándose, jugando a juegos absurdos.

—Arriba, creo... no sé. Tía, ¿eres modelo?

—Sí. Soy Naomi Campbell.

Dejó al desconocido atrás y empezó a subir las escaleras, esquivando trozos de cristal, charcos de procedencia indeterminada y prendas de ropa. Recordaba cuántas veces había subido esa misma escalera riendo, golpeándole, mordiéndole, colgando de sus hombros, arrastrada por él o cargada como un fardo. Arriba. ¿Qué hacía arriba? «No tiene por qué ser eso, Alexandra. No deberías ser tan desconfiada».

Sin embargo, era una posibilidad. Se preparó

para todo. No le hacía gracia la idea de que estuviera con otra. Pero en fin, ella se había marchado y existía la posibilidad de que...

Mejor no pensar en eso. Tal vez sería mejor esperar abajo.

«¿Esperar abajo? ¿Otra vez? ¿Como entonces, con el cabrón de tu marido, Alexandra? ¿Esperar abajo como si nada? Y una mierda».

Apretó el paso y llegó a la primera planta. Abrió las puertas de todas las habitaciones, pero Crowley no estaba en ninguna. Encontró a hombres y mujeres de todas las razas, haciendo toda clase de cosas. Incluso en una había un negro enorme vestido con lencería de mujer y comiendo perritos calientes como si fuera lo más placentero del mundo, mientras sobre la cama, dos chicas desnudas fumaban opio. Era la casa de una estrella del rock. Eso era lo normal, y no jugar al Scrabble en la cocina.

A medida que abría las puertas, el corazón se

le desbocaba más y más. A medida que contemplaba el nivel de descontrol de aquella fiesta, menos esperanzas tenía de encontrarle sentado tranquilamente fumándose un porro. Sin embargo, cuando llegó a la buhardilla y miró la puerta cerrada, tuvo miedo.

Estaba preparada para todo, ¿no?

Sí, lo estaba. Fuera lo que fuese, no podía ser tan malo. «Si está con otra tía, no pasa nada. Podemos hablarlo. Y si está con otro tío, casi mejor». Tomó aire, llevó la mano al pomo y abrió la puerta.

Entonces se dio cuenta de que no, no estaba preparada para todo.

Se quedó quieta allí, contemplando la escena a través de las gafas de sol, a medias incrédula y a medias golpeada por la realidad. Se bajó las gafas para mirar por encima de ellas, intentando convencerse de que ese no era Crowley. Pero sí, sí que lo era. Lo era, aunque no lo parecía. No se

fijó en las chicas que había en la cama. Se fijó en él, y vio algo que le revolvió por dentro. «No te comportes como lo que no eres», le había dicho Alexandra dos días atrás, cuando estaban discutiendo. Y aquel hombre no era Crowley, al menos no el Crowley que ella había creído conocer.

O bien se había equivocado en todo, claro.

El animal salvaje y orgulloso que Crowley había sido ya no estaba, solo quedaba una bestia patética y drogada que buscaba el placer de cualquier manera. Tenía los ojos vidriosos, la expresión abotargada y sus movimientos eran torpes, como si alguien hubiera hecho un muñeco de cera con su cara y lo hubiera puesto ahí. Y no, no estaba acostándose con otra, sino con un montón de otras... y todo lo que había sido glamour extremo ahora era asqueroso e indigno, porque además estaban en la cama que ella había ocupado... aún con las sábanas que ella había usado. Aún con su pintalabios en la mesilla, el que recordaba haber olvidado. No, no estaba preparada para todo.

Tragó saliva e intentó dar un par de pasos hacia atrás, cerrar la puerta y marcharse como si nada, pero entonces una de aquellas tías golpeó con la pierna algo que había en la mesita. La jarra del siglo quince, esa que había pasado días restaurando, cayó al suelo y se quebró. Alexandra estuvo a punto de soltar una risa amarga al ver la delicada pieza hecha pedazos. Casi al mismo tiempo, algo más se rompió, invisible, dentro de ella. Sintió el frío atenazando su garganta, barriendo todo lo que había sido esperanza minutos atrás, días atrás.

Y cuando aquel desconocido levantó la vista, como despertando de un sueño a causa del ruido de la cerámica al quebrarse y los ojos azules se encontraron con los suyos, Alexandra no deseó golpearle. Sintió asco. No supo si quería llorar o cerrar los ojos, pero no hizo ninguna de las dos cosas. Simplemente le miró, le miró con la angustia de aquellos a quienes la decepción apuñala de nuevo, cuando parecía imposible que nada volviera a hacerles daño.

Su mirada irrumpió como una cuchillada en la ensoñación de Crowley, acompañada por el sonido del cristal al quebrarse. La realidad, que parecía retirarse y volver como una marea lenta, se condensó de pronto en los ojos verdes de Alexandra. Él la había llamado y no había respondido, intentaba sacársela de la cabeza, intentaba no pensar en ella, y su imagen le perseguía. Estaba allí, en la puerta, estática, mirándole con un brillo angustiado en los ojos. Decepcionada. Crowley cerró los ojos y tragó saliva.

«Dios, que no sea real, no puedes hacerme esto. Que no sea real».

Tal vez porque rezaba poco, porque solo lo hacía cuando se desesperaba, Dios volvió a ignorarle. Cuando abrió los ojos ella seguía ahí. La conciencia regresó a su cuerpo, bajo sus manos la humedad le pegaba a otra piel, estaba sucio de sudor propio y ajeno, tenía el olfato saturado del

olor del alcohol y el sexo y un sabor amargo y desagradable pegado en la lengua seca. El contacto de esas otras manos le abrasaba... su piel estaba ardiendo y el corazón le latía demasiado lento, luego demasiado deprisa, descompasado. La familiar sensación de asco le azotó otra vez, desde el estómago: un calor desagradable que se convertía en náusea en la garganta. Salió bruscamente del interior de la muchacha rubia, empujándola hacia adelante... alguien le agarró desde atrás, sintió el contacto de unos labios en el cuello y se estremeció... esta vez no era de placer, de nuevo esa sensación angustiada le atenazó la garganta. Crowley se sentía atrapado en una red, sucia y pegajosa, que intentaba arrancarse para abandonar la cama mientras las manos le retenían, como en una pesadilla. Las apartó con brusquedad, el mundo giró sobre sí mismo.

—¡Serás cabrón!—se quejó alguien, tal vez la misma que acababa de darle un bofetón que apenas sintió. Su cuerpo estaba anestesiado.

La única sensación real y tangible era el dolor

que le producía esa mirada que quemaba en su interior como un tizón de color verde, con el regusto paralizante de la vergüenza.

—¡Largo, joder! —Empujó a alguien fuera de la cama. El resto la abandonaron por sí mismos. Escuchó sus pasos, sus cuerpos pasaron ante sus ojos como borrones difusos, ni siquiera podía recomponer sus rostros.

Pero el de Alexandra estaba claro, seguía ahí. Se cubrió con las sábanas, arrastrándolas al ponerse en pie. A Crowley nunca le había preocupado lo que nadie pudiera pensar, no era la primera vez que alguien irrumpía en la habitación en una situación así, no le importaba lo que otros ojos vieran en él, pero de pronto lo que ella estaba viendo definió con claridad su vida ante sus propios ojos: su presencia le había dado un sentido a la música, más allá de sí mismo, y ahora le arrancaba las máscaras y sabía que vería la misma vacuidad que él estaba sintiendo. Que siempre había sentido, al fondo de todo.

—¿Qué haces aquí...?

«Quédate, joder, quédate. No vuelvas a irte». Eso debería haber dicho, aunque no tuviera sentido, aunque todo pareciera un despropósito. Era lo único que necesitaba, y ahora sí, acaba de joderlo para siempre.

*

Las chicas pasaron por el lado de Alexandra a toda prisa, algunas la empujaron. Apeataban a alcohol. Apeataban a él. Una oleada de fuego puro le subió desde el estómago hasta la garganta y los ojos. ¿Cómo había sido tan estúpida? Apartó la mirada de aquel tío que no era Crowley y miró la reliquia quebrada sobre el suelo. Luego volvió a mirarle a él, aguantándose la rabia, congelándola y convirtiéndola en cuchillos de hielo.

—Al menos podías haber cambiado las sábanas.

Hizo un gesto con la mano antes de que le

respondiera, para evitar que se molestara en hablar y se dio la vuelta para marcharse. Luego cambió de idea y entró. Cada paso le dolía como si la estuvieran apuñalando, pero no iba a huir como un cachorro herido. Eso jamás. Alexandra Byrd no era ninguna niña vulnerable. Rodeó la cama por el lado opuesto al que él estaba, sin mirar las arrugas de las sábanas húmedas, con un nudo en la garganta que la estaba destrozando. Agarró su lápiz de labios de la mesita y comprobó que nadie lo hubiera usado. Luego se dirigió a la puerta, sin volver a mirarle ni una sola vez, fingiendo una entereza y una dignidad que en absoluto eran reales.

Pero a Alexandra se le daba bien fingir. Tenía experiencia.

Si volvía a mirarle se echaría a llorar como una gilipollas. Nunca antes había sentido tanto frío entre las costillas. Como si se hubiera tragado un cubo de hielo. Se planteó que quizá las cosas no hubieran ido mejor si hubiera sido una sola chica, si se hubiera tratado de una simple

infidelidad. No, tal vez no.

¿Infidelidad? ¿Cómo podía pensar en esos términos?

Dios, qué estúpida había sido. Tanto engañarse a sí misma para nada. En el fondo era una chica enamorada, igual de idiota, igual de crédula, igual de... tonta. Y eso que pensaba que ya había aprendido...

«Pues no, cariño. Al parecer, no lo suficiente».

—No... —Crowley lo intentó. «No te vayas», quiso decirle, pero la vergüenza venció. Se sentía morir, y los muertos no tienen voz.

Aquella habitación seguía oliendo a ella, a Alexandra. Todo tenía su impronta, y él acababa de... follar como un cerdo sobre sus sábanas. Era difícil de explicar, mucho más de comprender, y tan siquiera él podía hacerlo en su estado. Todo volvía

a precipitarse, despertaba en esa realidad y era incapaz de detenerla. No podía retenerla y nada tenía sentido.

Ninguno podía saber que el mismo frío se abría en su pecho con cada paso que les separaba. Era un fuego distinto al de la rabia, se congelaba bajo el esternón, se clavaba como un filo y desgarraba su interior a medida que se separaban. Aquel era el punto que definía al fin su fracaso. Ella había vuelto... y él la había jodido como nunca antes en su vida.

Ni siquiera se atrevió a seguir mirándola. Cuando Alexandra salió por la puerta, dejó tras de sí su perfume, borrando todo rastro de aquellos otros, que estaban pegados incluso a su piel. Ella ya se había ido, y él miraba la puerta con los ojos perdidos en otra dimensión, en otra oportunidad que no se había dado, en la que ella llegaba antes, en la que ella respondía a sus llamadas, en la que era capaz de detenerla, en la que era más valiente que orgulloso.

En la que ella le salvaba.

La fiesta seguía abajo, como en el escenario de una obra de teatro todos cumplían con su papel, pero Crowley era incapaz de mantener el suyo, aquello de pronto no tenía ningún sentido. Se encerró en el baño y vomitó el alcohol que había ingerido, hecho un despojo, acabó metiéndose bajo el grifo de la ducha y frotándose la piel hasta arañarse, hasta sangrar, intentando arrancarse todos aquellos olores que no le pertenecían, las huellas de unas manos que ahora le hacían sentir sucio y despreciable. Acabó durmiéndose como un borracho, sintiéndose el ser más miserable sobre la faz de la tierra.

Al día siguiente cerraría aquella habitación como si de una cámara mortuoria se tratase, y no la volvería a pisar en mucho, mucho tiempo.

¿FIN?